

CADERNO TEOLÓGICO

Religião, democracia e direitos humanos

periodicos.pucpr.br/cadernoteologico



La fe en la creación a partir de la evolución

Faith in the creation from evolution

Diego Martín Pereira Ríos¹  <https://orcid.org/0000-0002-2202-915X>

Toledo, PR, Brasil.

Universidade Estadual do Oeste do Paraná (UNIOESTE), Programa de Pós-Graduação *Stricto Sensu* em Filosofia,
Doutorado em Filosofia.

Como citar: Ríos, D. La fe en la creación a partir de la evolución. *Caderno Teológico, Religião Democracia e Direitos Humanos*, Curitiba: Editora PUCPRESS, v. 9, n. 1, p.91-98, jan./jun, 2024. DOI: <https://doi.org/10.7213/2318-8065.09.01.p91-98>

Resumo

El presente trabajo es una reflexión sobre la relación entre la teoría de la evolución y la fe en la creación, desde una mirada cristiana. El artículo no es un examen detallado de la teoría ni tampoco un análisis profundo de las características de la fe en la acción de Dios sobre el mundo. Se intenta una aproximación a las interrogantes que se suscitan al relacionar la fe y la ciencia, la relación del cristiano con las enseñanzas acerca de la creación y como estas pueden conjugarse con el dato científico de la evolución. Hacia el final, se reflexiona acerca de cómo la fe en la creación posibilita que el ser humano reconozca la primacía de Dios en la creación, que asuma con humildad su contingencia, sin dejar de valorarse como creatura. Procuramos que el lector, que aún no se ha realizado estas

¹ Docente de Filosofía y Religión en Enseñanza Media (Uruguay), fue docente de teología en la Escuela de Teología para Laicos “San Juan Eudes” (Quito-Ecuador). Es Magister en Teología Latinoamericana por la “Universidad José Simeón Cañas” (UCA) de El Salvador. Actualmente es doctorando en el Programa de Pos-graduación en Filosofía en la Universidade Estadual Do Oeste do Paraná (UNIOESTE), ciudad de Toledo, Estado de Paraná, Brasil. Autor de siete libros de los cuales el último se titula *La eclesiología en una Iglesia Creíble. Aportes críticos desde la teología de Juan Luis Segundo*, Ed. Quero Saber, 2024.

cuestiones, tenga un mínimo de elementos para seguir profundizando en la temática y logra tomar conciencia de su importancia en la creación.

Palavras-chave: Creación. Evolución. Ciencia. Fe.

Abstract

This paper is a reflection on the relationship between the theory of evolution and faith in creation, from a Christian perspective. The article is not a detailed examination of the theory, nor is it an in-depth analysis of the characteristics of faith in God's action on the world. It attempts an approach to the questions that arise when relating faith and science, the relationship of the Christian with the teachings about creation and how these can be combined with the scientific data of evolution. Towards the end, we reflect on how faith in creation makes it possible for human beings to recognize the primacy of God in creation, to humbly assume their contingency, without ceasing to value themselves as creatures. We try that the reader, who has not yet realized these questions, has a minimum of elements to continue deepening in the thematic and manages to become aware of its importance in creation.

Keywords: Creation. Evolution. Science. Faith.

Introducción

Es una constatación cotidiana el hecho que el ser humano pretende, de diversas maneras e intensidades, ser señor del universo. Sea cual sea la razón de cómo esto se va afincando en su más íntimo ser –desde la cultura, la educación o por convicción– el ser humano no decae en su intento de dominar la creación. Lo que podemos ver quizás, son ciertas diferencias en esa pretensión. Dominar para explotar y exprimir o dominar para proteger y cuidar, e incluso sobrevivir. Si bien en la segunda opción habría algo de mayor respeto y de principio de conservación (que podríamos aceptar que va consonancia con su ser animal), no deja de revelarnos el ansia de dominio que cada ser humano carga sobre sus hombros. Desde que el libro del Génesis nos dice que Dios no colocó como *domini* de la creación (1, 28), esto ha sido una preocupación constante en el desarrollo de la humanidad. La mínima intención de cambiar el curso actual de la historia ante la contaminación ambiental, el cambio climático, el hambre, la pobreza, etc., siguen siendo preocupaciones que colocan al ser humano como el sujeto activo de una transformación que supera sus posibilidades.

Esta necesidad de dominio y control también se origina en la experiencia de sufrimiento como parte de la propia finitud del ser humano. La contingencia como propiedad antropológica se contrapone a la idea de un a creación de inmensas dimensiones que supera en todo, la pequeñez humana. Aun así, el ser humano se niega a aceptar ser apenas algo más de la creación pues necesita sentir que es lo más alto en plano creatural. Pero es imposible esconder “la desproporción, el desequilibrio, la grandeza y la miseria del hombre en el mundo” (Küng, 1979, p. 89). La aparente gloria de la cual se jacta por momentos esporádicos de la historia, se convierte rápidamente en inseguridad y desconcierto ante la cortedad de su existencia. La limitación de la vida y la aparición de la muerte como parte del camino inevitable, lo hunden al ser humano en una amarga existencia o lo desafían a encorajarse y luchar para ir en contra de este final. Con ello las preguntas acerca de sí mismo, de Dios, del Universo, se transforman en una llamada a caminar por este mundo con mayor prudencia, con mayor humildad.

Las interrogantes en la relación ciencia y fe

En medio de ese devenir continuo el ser humano se cuestiona en cada nueva situación, acerca de su origen y su destino. Si bien el progreso científico ha intentado colmar su sed más profunda, capacitándolo de una nueva forma, hay algo que, en su más profundo interior, aún sigue insatisfecho, inacabado. Allí, cuando se van terminando las grandes aspiraciones humanas de dominar el mundo, de someter todo lo que existe –pues nadie puede hacerlo–, el hombre descubre la fragilidad que lo caracteriza y que hace que en pocos segundos todo pueda cambiar. Allí, en esos momentos de dudas, interrogantes, de vacíos existenciales, aparecen de nuevo las mismas preguntas: ¿qué es el ser humano?, ¿de dónde venimos?, ¿hacia dónde vamos?, ¿quiénes somos al lado de las demás creaturas?, ¿existe Dios?, o ¿es una mera quimera? Si Dios existe, ¿es quién le da la vida al ser humano? Desde la religión siempre se han respondido estas preguntas de una forma que la ciencia ha intentado contrarrestar, demostrando su limitación y hasta incluso sus errores.

Mientras desde el campo religioso el ser humano fue colocado como la cúspide de la creación, la ciencia y sus avances fueron integrándolo a una concepción más ordinaria, haciéndolo bajar de su pedestal en el cual se sentía tan a gusto. Desde lo iniciado por Copérnico y pasando por Darwin, se ha considerado al “hombre como un mero accidente de la materia, como un ser irrelevante desde la perspectiva cósmica. No es ya el centro del universo, ni siquiera la cima de los animales” (Fernandez-Rañada, 2008, p. 140). Esta postura ante el ser humano es también una toma de postura ante Dios –si existe– como creador de lo existente, y ha sido vista como un intento de eliminar la fe en algo absoluto, trascendente. A partir de presentar pruebas de la contradicción entre lo que afirmaba la Biblia y los descubrimientos desde el campo científico, se cargó a la ciencia moderna de atea. Coincidió con Teilhard de Chardin que

el mundo moderno no es irreligioso, sino todo lo contrario. Únicamente en él, lo que bulle y se transforma es el espíritu religioso, en su totalidad y su trama misma, con el flujo brusco, en dosis masivas, de una savia nueva (Theillard de Chardin, 2005, p. 146).

Es aceptable que en el avance de la ciencia se colocó también una cierta fe en la capacidad humana de responder las preguntas que la religión no resolvía, o que simplificaba, sobre todo haciendo una lectura teñida de tendencias de poder. El desarrollo de la técnica, que modifica la relación del ser humano con la naturaleza, ha generado nuevas cuestiones. Trigo afirma que “la ciencia, por la técnica, penetra en la estructura de los seres y elementos naturales y los desestructura para reestructurarlos artificialmente” (Trigo, 2008, p. 36). Pero estos cambios profundos en los seres vivos, incluyendo los de la inteligencia artificial, no logran responder las preguntas centrales de la existencia. La explicación del principio antrópico de la inteligencia como fruto procesual del avance evolutivo, no deja de ser una hipótesis más. Hipótesis que intenta explicar por qué nos podemos hacer estas cuestiones. En este principio también se guarda la idea de que “tras un largo proceso de miles de millones de años, la materia llega a pensar por sí misma. Aquí en la Tierra, lo hace a través de nosotros, los seres humanos” (Fernandez-Rañada, 2008, p. 148). Sin embargo, no logra eliminar las preguntas acerca de si existe una voluntad creadora que ocasiona y respalda la creación.

El cristiano en la relación con Dios

En medio de todas estas cuestiones irresueltas, el cristiano se ve desafiado a tomar una postura concreta, intentando sentirse seguro en el universo. Pero de nuevo percibo aquí una cierta falta de coherencia, si queremos respetar la humildad de la que hablamos al inicio. No podemos buscar respuestas concretas en la Biblia ni tampoco descuidar el estudio serio de los aportes de la ciencia. Como dice Küng, no podemos ni ser escépticos ni dogmáticos, pues “el escepticismo total choca con la protesta espontánea de la naturaleza humana...[y]...el dogmatismo choca con la amenazante oposición de la razón humana” (Küng, 1979, p. 93). Por eso me parece muy sanadora la propuesta de Adolphe Gesché de entender el cristianismo como un “ateísmo suspensivo”. De una manera simple tiene que ver con vivir nuestra vida terrenal, desde nuestra fe trascendente, “como si Dios no existiera” (*Etsi Deus non daretur*): “actuar en todo contando con nuestros recursos personales, de manera que, aun creyendo en Dios y en su ayuda, hagamos las cosas «como si Dios no existiera»” (Gesché, 2011, p. 17).

De esta manera podría ser zanjado el engaño de creernos totalmente capaces de comprender la palabra de Dios en la Escritura, y de confiar en extremo en la capacidad humana demostrada en la ciencia. Nuestro ser de creaturas no nos exime de la responsabilidad ante el universo, pero también nos hace capaces de reconocer nuestra pequeñez y confiar en que Dios es el Creador que nos ha capacitado para la existencia. En este sentido vivir como creaturas implica, como dice Trigo: vivir ante Dios, con Dios y en Dios. El ante Dios –coincidiendo con Gesché– implica asumir que “vivir como ateos en este mundo fetichizado es muy duro y arriesgado, pero también liberador” (Trigo, 2008, p. 22). Esto implica asumir los desafíos históricos de la humanidad, que incluyen a la ciencia, como medios de plenificación del ser humano en su camino hacia Dios. Atarse a la idea de un Dios que lleva las riendas del mundo a su voluntad y que nos dicta lo que hacer por meras doctrinas y sistemas como andariveles por donde caminar. Esto sería ser esclavo de la gracia barata que advertía Bonhoeffer como enemigo mortal de nuestra iglesia (Bonhoeffer, 2004, p. 15).

Por otro lado, vivir con Dios implica un paso más también en la relación con el universo: es asumir la responsabilidad que tenemos ante él, pero también siendo instrumentos del Creador para llevar a cabo su obra: “así a través de nuestras obras limitadas se produce la creación histórica, Dios crea sin quebrar la autonomía mundana” (Trigo, 2008, p. 23). No es caer en una errónea divinización del ser humano, sino insistir en la humildad de la que

hablamos de sabernos creaturas que podemos comunicarnos con ese Dios que crea para dar vida por medio de nuestras palabras y acciones. Desde este paso, de una mayor profundidad en la relación, el cristiano tiene un fundamento último en Dios. Como creatura que podemos vivir en libertad ante y con Dios, también podemos aceptar vivir dentro de una creación que nos contiene y que en todo momento nos habla de Dios. Este “en Dios” implica aceptar que no somos nosotros nuestro origen, pero sin renunciar a la búsqueda de explicaciones mediante la ciencia. Es reconocer que en Dios “vivimos, nos movemos y existimos” (Hch 17, 27) y que somos capacitados por él para recrear el mundo en su nombre.

El dato científico de la evolución

La teoría de la evolución de Darwin expuesta en el siglo XIX dio fundamentos a la ciencia biológica para afirmar que las especies de seres vivos evolucionan por variación y selección. En la variación “las especies animales y vegetales pueden modificarse; a diferencia de lo que cuenta la Biblia, no han sido creados por separado” (Küng, 2007, p. 94). Mientras que por la selección “a través de la lucha por la existencia se produce una criba o selección natural” (Küng, 2007, p. 95). Como afirma Barbour “en tiempos de Darwin, la selección natural se entendía, ante todo, como la supervivencia de los más aptos en condiciones de lucha competitiva” (2004, p. 369), pero hacia el siglo XX se descubrió que existe, en el comportamiento de muchos seres vivos, una cierta cooperación. Esta cooperación hace posible que muchos de ellos sobrevivan en situaciones extremas en las cuales se da una interdependencia. Esto también es aplicable al ser humano en el cual las evidencias pueden ser aún más convincentes. Al cambiar las condiciones ambientales el ser humano “experimenta cambios en lo que respecta a su constitución física y su desarrollo embrionario. Así, se revela como descendiente de formas de vida inferiores y más antiguas y, por ende, como producto natural de la evolución biológica” (Küng, 2007, pp. 96-97).

Si bien la postura de la Iglesia ha ido cambiando a lo largo del tiempo pasando de la condenación a una aceptación parcial, aunque reticente, el problema estriba en que si Dios tiene lugar o no dentro de esa teoría. Pero con todo “hoy se considera que el universo es evolutivo, extendiendo a la totalidad de las cosas una idea pensada por Darwin para los seres vivos” (Fernandez-Rañada, 2008, p. 38). Con ello “la vida se convierte en la dinámica fundamental de nuestra realidad, una dinámica decisiva, siempre actuante y precisamente maravillosa” (Häring, 2000, p. 28). Y esto no excluye de ninguna manera el actuar de Dios en la Creación. Ser capaces de aceptar el proceso evolutivo de todo lo creado y del ser humano, no deja por fuera la capacidad de que el hombre llegue a un momento donde desarrolle la capacidad de comprender el sentido de lo que existe. De aquí es que la dimensión religiosa se aparta mínimamente de la ciencia. El para qué de la Creación en relación al ser humano viene dado desde el dato de la Revelación de Dios al hombre, y esto siempre dentro de un contexto temporal.

Está por demás pensar que la conciencia humana es un tema complejo, pero no podemos dudar de su aparición histórica hace miles de años. Como afirma Michollet “en el hombre, la conciencia se considera en relación con su capacidad lingüística. Alcanza un refinamiento único” (2000, p. 104). Y esta conciencia del ser humano desarrolla el lenguaje como vehículo que ha posibilitado, tanto la transmisión del mensaje divino en palabras humanas, como la herramienta que ha hecho posible los avances científicos. La conciencia entonces puede ser vista también como parte y dentro del proceso de evolución del universo que colabora en una mayor comprensión del ser humano y también de la dependencia que tiene del medio. Para los científicos este medio será solamente la naturaleza, para los cristianos esa dependencia será sí, de la naturaleza, pero sobre todo de quien la sostiene y da vida es el mismo Dios que lo ha creado. Pero las mismas dificultades que nos plantea el lenguaje, porque el campo científico es diferente al campo religioso, hacen más difícil el mutuo entendimiento y aceptación.

Al decir de Fernández “la creación no puede ser sólo el acto o el suceso por el que haya aparecido la materia, sino un proceso que continúa desde entonces, con la aparición posterior de seres consientes y autoconscientes”

(Fernandez-Rañada, 2008, p. 133), por eso aceptar la teoría de la evolución es entender que el universo camina sin cesar hacia un proceso que en gran medida supera la capacidad de comprensión del ser humano. Pero este proceso es una marcha (Trigo) de toda la humanidad que debe unirse en la búsqueda de la verdad. Una humanidad que, aceptando su contingencia, es capaz de “introducir en ella el peso del Absoluto” (Gesché, 2013, p. 48), que no es minusvalorarse, sino incluso lo contrario. El ser humano como imagen de Dios tomaría un nuevo sentido: ya no sólo se entenderá como creado sino como aquél que debe aspirar a ser la imagen de Dios en la tierra: “a raíz de la toma de conciencia de su inserción en la naturaleza, en un continuo vital, el hombre anhela fundirse en esta creación” (Michollet, 2000, p. 111).

Conclusión: la fe en la creación

No intentamos en este breve texto arrojar conclusiones para las cuales no estamos tampoco capacitados para darlas. Apenas si es un balbuceo de las mismas cuestiones que nos han dejado los autores y que continuarán resonando en nosotros. Pero de todos modos se nos impone una cierta toma de postura que sirva de apoyo para cualquier cristiano que también acepte la teoría de la evolución como posibilidad de seguir cuestionándonos. Creo que es Teilhard quien de nuevo nos ilumina: “fe en el mundo y fe en Dios, los dos términos, lejos de ser antagónicos ¿no son, por su misma estructura, complementarios?” (Teilhard de Chardin, 2005, p. 147). Y en esto volvemos al comienzo de nuestro trabajo: es necesaria tanto la humildad ante la fe religiosa que acepta a un Dios Creador, como también la fe antropológica depositada en los avances científicos. Aprender a unirlos en una armoniosa paz interior, que no es solamente de índole espiritual, sino que hace necesario el desarrollo de un pensamiento crítico, nos puede evitar muchos problemas y evitarle problemas a otros. De aquí la necesaria colaboración entre la fe y la razón.

Si para el cristiano el universo entero aguarda una salvación que venga de Dios según la Revelación en Jesucristo, y que, a partir de la experiencia del mal y el sufrimiento como consecuencia de su finitud e imperfección, lo hace muy necesario, esto para nada se contradice con los descubrimientos que la ciencia puede aportar. Si logramos ver esto en la perspectiva de que somos creaturas que vivimos en Dios, todo nuevo aporte que ayude al ser humano a tener una mejor vida en este mundo, corroboraría su grandeza. El gran desafío es por qué nos seduce tanto a actuar de manera contraria, bajo intereses mezquinos que hacen de la ciencia una amenaza. ¿Qué es lo que se esconde en medio de sus inseguridades, esa ansia de poder exterminador que posee el ser humano? Es lo que afirma Trigo: “el pecado aparece, así como descreación” (Trigo, 2008, p. 32), o destrucción de lo creado. Y esto sucede cuando el ser humano no tiene un horizonte escatológico, trascendente, que no le permite ver como radio de acción más allá de este mundo.

Por eso la fe en Dios corresponde también en tener fe en la creación, y en la unidad que existe entre creación y salvación, a partir de la conciencia histórica:

para ser él mismo, el ser humano tiene que «nacer» con la inevitable imperfección de todo comienzo; y después necesita «crecer» superando los obstáculos de todo avance finito, para poder alcanzar finalmente la plenitud a que ha sido destinado. Y de este modo la secuencia anterior se convierte en esta otra: creación-crecimiento histórico-culminación en Cristo-gloria (Torres, 2005, p. 231).

Aceptando la condición de creaturas, la teoría de la evolución nos desafía a seguir nuestro peregrinar en este mundo con apertura a lo desconocido, con ilusión clara de encontrarnos a Dios que es mayor que nosotros, pero que nos capacita en su búsqueda. La ciencia no niega ni anula la fe, “inversamente, forma parte de la experiencia religiosa una curiosidad insaciable, porque la teoría de la evolución, con sus numerosas facetas, nos acerca también más al misterio de Dios” (Häring, 2000, p. 39).

Creer en la salvación que Dios nos promete, tanto en el plano personal como comunitario, no pude dejar por fuera la salvación de la creación que él mismo nos dio como lugar donde desarrollar nuestra vida en su compañía. Debemos seguir librando batallas que apunten al intercambio, al diálogo-dialogal del que hablaba Raimon Panikkar, para poder así conciliar esa fe, que por momentos podemos sentir que perdemos por falta de horizonte, pero que lucha con la pérdida de fe puesta solo en las capacidades humanas que revela la ciencia. La fe en la creación es también creer en la consumación de Dios, no sólo al final de los tiempos, sino en un tiempo kairótico, donde Dios se revela en la naturaleza y por medio del ser humano para darnos una señal, que algunas veces la ciencia puede captar. La fe en la creación es “Amar a Dios en y por el Universo en evolución...[que]...representa el estado a la vez más complejo y más uno al que ha podido elevarse hasta ahora, históricamente, la conciencia humana” (Theilard de Chardin, 2005, p. 155).

Referencias

BARBOUR, Ian. *Religión y ciencia*. Madrid: Trotta, 2004.

BONHOEFFER, Dietrich. *El precio de la gracia. El seguimiento*. Salamanca: Sígueme, 2004.

FERNANDEZ-RAÑADA, Antonio. *Los científicos y Dios*. Madrid: Trotta, 2008.

GESCHÉ, Adolphe. *La paradoja del cristianismo. Dios entre paréntesis*. Salamanca: Sígueme, 2011.

GESCHÉ, Adolphe. *La paradoja de la fe*. Salamanca: Sígueme, 2013.

HÄRING, Hermann. *La teoría de la evolución como megateoría del pensamiento occidental*. Concilium 284, pp. 27-40, 2000.

KÜNG, Hans. *¿Existe Dios?* Madrid: Cristiandad, 1979.

KÜNG, Hans. *El principio de todas las cosas. Ciencia y religión*. Madrid: Trotta, 2007.

MICHOLLET, Bernard. La evolución y el concepto de ser humano. Ensayo de interpretación de la Imago Dei. *Concilium*, 284, pp. 99-112, 2000.

THEILARD DE CHARDIN, PIERRE. *Lo que yo creo*. Madrid: Trotta, 2005.

TORRES, Andrés. La estructura fundamental de la esperanza bíblica. *Theologica Xaveriana*, núm. 154, pp. 227-252, 2005.

TRIGO, Pedro. Creación y Mundo material. In: ELLACURÍA, Ignacio. y SOBRINO, Jon (eds). *Mysterium Liberationis. Conceptos fundamentales de la teología de la liberación. Tomo II*. San Salvador: UCA Editores, 2008, pp. 11-48.

RECEBIDO:

APROVADO: